

razón. En Saint-Gervais, en la garganta de Anterne, en las Duches, en Servoz, en todas partes, cuando los marmolistas se reúnen para jugar al *tarrau*, colocan sobre la mesa su puñal y se sirven de él, á la menor injusticia; pero son valientes y por un amigo se dejarían matar, sin dudarlo ni un segundo.

Germana escuchaba atentamente. Sintió un estremecimiento desagradable. Estas historias de puñales colocados sobre la mesa al alcance de la mano, en disposición de poder hacer uso de ellos, la hacían temblar.

El acento apasionado del cajero la dejaba fría, y se asombraba de ello, pues creía que le quería, pero sin violencia, como quieren los del Norte, de los que él hablaba con tanto desprecio.

El cajero, animándose, continuó:

—Ahora no vivo más que para usted y por usted. Me parece que es usted mía. Si llegara á perderla me mataría, sí, la verdad, y eso lo haría sin vacilar. No conozco nada tan hermoso como mi Germana. Es usted mi sueño, mi vanidad, mi orgullo, mi ambición. En la tienda dicen que nos vamos á casar. ¡Qué triunfo para mí, el poder llevarla del brazo ante todo el mundo y poder decir: Es mi mujer. Me pertenece. Es mía!

Después entró en detalles que la hicieron sonreír.

—No sabe—la dijo—los errores que me hace cometer en las cuentas. Me cuesta cara. Todo se me enreda, y me siento turbado cuando por casualidad la veo en su galería. No hay ningún día en que no me equivoque, yo que antes era tan fuerte como Barême. Las cifras parece que dan vueltas bajo mi pluma; y antes jugaba con ellas,

como miss Schœffer en el circo, con todo lo que quiere. Con sólo pasar la pluma por una columna, ya me encontraba hecho el total al pie de la suma. ¡Se hacía solo! Pero ahora es muy diferente; todo depende de usted, solamente de usted, el que me vuelva la tranquilidad y me ponga á cubierto de las multas.

—¿Y qué hay que hacer, señor Josselin?

—Diga usted Andrés solamente, es más breve, ¿quiere usted?

—Todavía no hemos llegado á tanto.

—Se lo suplico.

—Acérqueme esa galantina, de la que no toma. Debe estar muy buena.

—¡Ah!

—Écheme un poco de vino mientras tanto... También es muy bueno. Me parece muy divertido almorzar en una floresta tan bella de color y hablar... ¿De qué hablábamos?...

—De amor.

—Entonces conteste á lo que le había preguntado.

—¿Qué era lo que tenía que decirle en definitiva?

Dudó. Le pareció que había en los labios de Germana una intención burlona. Un fuerte calor le subió á la cabeza.

—Vamos, valor—le dijo ella.

—Tiene usted que casarse conmigo.

—Eso es muy grave, ¿sabe usted?

—¿Me rechaza usted?

—No digo eso, pero, ¡vamos!; ¡contestar sí, en seguida, sin preparación!... No se terminan estos asuntos en un día. Se trata de una cosa para toda la vida.

La sirvienta había traído un plato de fresas.

Germana, con la punta de los dedos, espolvoreaba con azúcar las que había puesto en su plato. Tenía una expresión finamente burlona y en su rostro resplandecía la alegría del pájaro que ha recobrado su vuelo por los campos y se goza en su libertad, en aspirar el aire puro, en el olor sano de los bosques y del heno recién cortado.

Germana era allí, en el campo, una mujer completamente diferente de la parisien, pálida, dulce, fina y reservada del bazar de Bouret.

No estaba bonita; estaba hermosa, y tenía otro aspecto.

Se adivinaba en ella como una alegría interior que se traslucía en su cara, como la luz de un cuarto que alumbra de noche y sale por las ventanas. ¿De dónde venía? ¿Era únicamente la alegría de correr todo el día por el campo como una colegiala que se olvida de su encerrona en el colegio?

Josselin continuó:

—Y la consagraría una vida de adoración. Ser su marido, eso sería el cielo en la tierra. Yo quisiera hacerla la más feliz de las mujeres, y haría en todo su voluntad; me pondría de rodillas á sus pies. El mundo tendría celos de mí.

—¿Y usted no tendría celos de los otros, como esta mañana?—dijo maliciosamente Germana.

—Sea, seré franco; sí.

—¡Eso sería divertido!

—¿Es que yo debería sufrir que cualquiera la hablase descaradamente, como ese señor, el duque de antes, ó que la mirase con ese atrevimiento?

—Es decir, que está usted por el sistema de los cerrojos y las cadenas.

—¿Pero los celos, Germana, no demuestran exceso de amor? ¿Se puede querer sin tener el temor de perder lo que se quiere?

—¡Eso prueba desconfianza, un carácter salvaje! Tome esas fresas—le dijo; y le tendió el plato.—Las he preparado para usted.

Las puso á un lado, y continuó:

—No desconfiaría de usted, Germana, pero sí de los otros. ¡Es usted tan guapa!

—Sí, un fénix—dijo ella burlándose.

—¡Hay tantas gentes ávidas que dan vueltas en derredor de usted!

—¿Quiénes son esas gentes ávidas?

—El señor Perrolet, por ejemplo.

Germana exhibió dos hileras de perlas deslumbradoras, soltando una carcajada.

—¡El señor Perrolet! Buena historia. ¿Pero está usted loco, amigo mío? ¿Es que el señor Perrolet piensa únicamente en mí? ¡Debía pensar en que ya no es joven!

—No tiene más que cuarenta y cinco años.

—¿Y eso no es nada?

—Es un patrón. Tiene derecho sobre usted...

—¡De amo, puede ser!

—Y es rico.

—Es verdad, ¡nosotros no lo seremos!

Esta reflexión le lastimó. Calló.

Y con un suspiro, pellizcando las rojas fresas que cogía con los dedos, los codos apoyados sobre la mesa, añadió:

—¡Vea cómo ya es injusto! Calumnia hasta á ese hombre de mazapán que se llama Perrolet, el mejor de los seres, el más dulce, el más discreto, el más honrado; el que, á pesar de sus derechos sobre nosotras, como decís, no se permite una pa-

labra dudosa, ni siquiera una broma. Perrolet es para nosotras un padre más bien que un jefe. ¿Y sabe—dijo animándose á su vez—lo que pasa fuera, usted, que es celoso, sabe lo que pasa muy á menudo? ¿Sabe lo que me ha sucedido á mí en otra casa? Un día, y sin yo pretenderlo, y con un pretexto, me llamaron y me ofrecieron una plaza mejor que la mía de casa de Bouret, pero había una condición.

Enrojeció y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Había que soportar los caprichos del amo que me hablaba; pero no solamente los suyos, sino los de los otros; obedecer sin réplica, ¿me entiende?, á los caprichos de todos los que tenían autoridad sobre nosotras. Las desgraciadas que no tienen más que sus plazas para vivir, están obligadas á someterse á esas exigencias infames, so pena de perder su puesto. ¡Ah!, ¡no es un misterio! Si el señor Bouret supiese que semejantes infamias pasaban en su casa, aplastaría al miserable que abusaba de su autoridad con tan odiosas proposiciones. En el otro lado rige la ley contraria. Me lo han hecho comprender sencillamente. Ni siquiera se han tomado el trabajo de disimularlo.

Yo le arrojé á la cara esta injuria: ¡Canalla!, y me fuí llorando de cólera y de vergüenza.

—¡Dígame usted su nombre!

—¿Para que promueva usted un escándalo? No. ¿Pero acusar á Perrolet, á ese cordero de Dios? Demuestra muy bien que es usted de su país, del país de las montañas, de las energías violentas, de amores rabiosos, de celos brutales, y—es usted el que lo ha añadido—de las puñaladas. ¡Es para echarse á temblar! ¡Qué sería si estuviésemos ca-

sados! ¿Sufriría usted que tuviesen la audacia de mirarme? Entonces sería cuando las cifras de sus cuentas bailarían una verdadera zarabanda y no sabría dónde estaba... Nosotras nos hallamos expuestas á miles impertinencias que no se pueden evitar. Hay señores que pasan por el bazar, gentes de todos los países, que nos analizan como á las cosas puestas para la venta. ¿Saltaría de cólera? ¡Sería lo mismo! Nosotras somos las que debemos defendernos. No se obtiene de una muchacha honrada lo que ella no quiere. Además, esas insolencias de los clientes son rara vez lo suficientemente graves para que una tenga razón para ofenderse. Lo mejor es reirse, y es lo que se hace. Pero usted vería un pretexto para armar un alboroto en la más ligera mirada ó en la más banal galantería. Puesto que se vive de un oficio, hay que soportar sus inconvenientes. ¿Es que no hablo como un libro abierto?

—Sí. Por eso quisiera ser bastante rico, para arrancarla de ese sitio, de ese trabajo de todos los días, y rodearla del bienestar necesario, como con el dulce calor de las *serres* en que viven las plantas de los trópicos, pues es usted una planta preciosa, Germana.

—Sí, entendido.

—¡Qué ridículo debo parecerla á usted! Ya no sé lo que me digo. Veo que no puedo convencerla. Duda usted de mí, de mi amor. No tiene usted razón. No sabe hasta qué punto la pertenezco. Hará de mí lo que quiera. Ordenará; la obedeceré como un esclavo. ¿Qué es lo que yo quiero? Que sea usted rica, feliz, que viva usted tranquila. Si la perdiese, me sería imposible la vida. Me volvería loco. No pasa ninguna noche que no la vea

en mis sueños. Me acuerdo de sus palabras, de cómo habla usted, de sus gestos durante el día. Es usted el único rayo de sol que ha alumbrado mi vida. Cuando me mira un segundo, se ilumina mi alma. En el universo no hay para mí más que una sola dicha, la de usted; vago errante por la noche para ver un poco de luz, una silueta que se dibuja en las cortinas blancas de su cuarto. Lo es usted todo para mí, Germana, ¡lo demás no es nada!

—Pero eso es poesía.

—No, es amor; amor verdadero, exclusivo, entero, sumiso; amor que me matará si usted me rechaza, y que me colmaría de una felicidad sin igual si me tendiese la mano.

Germana se mordía los labios, no sabiendo qué contestar á este caudal de palabras, y con su voz clara dijo:

—Deme usted un poco de café.

El cajero sintió como una quemadura en el pecho.

Esta frase, que cortó su éxtasis, sonaba como una burla en medio de la cantilena que cantaba á su adorada.

—¡Ah, no me ama usted!— exclamó él.

Levantó los ojos y la miró con ansiedad, esperando su contestación como un condenado; pero ella estaba tranquila, con su expresión dulce.

—Todavía no— dijo ella.— Pero desde luego afirmo que yo querré de otra manera, y me parecerá que quiero tan bien como usted si llega el caso.

Una lágrima de despecho asomó á los ojos de Josselin.

—En estos últimos días me había figurado— balbuceó— que me tenía más cariño.

Lo había creído con razón.

Otras veces, Germana iba hacia él llevada por la corriente invisible que empuja dos seres, el uno hacia el otro, y cuya esencia es igual. Le quería casi, aunque sin entusiasmo, con sinceridad. Estaba dispuesta á corresponder á lo que llamaban en otro tiempo su llama, no sin exactitud, puesto que el amor es la llama que nos alumbraba, nos calienta y nos devora. El amor es la antorcha de la vida, el hogar del universo.

Pero desde hacía unos días se había operado en ella un cambio súbito. Germana cesó de ver claro en la límpida transparencia de su alma, sencilla y buena, que ninguna pasión había alterado, y cuya superficie tranquila no agitara la más ligera brisa, y ahora se encontraba sumida en una obscuridad súbita, como si un viento de tormenta hubiese apagado bruscamente la luz que la dirigía.

Ya no sabía adónde iba.

Esta turbación databa del momento en que el duque de Rochebonne había ido á sentarse cerca de ella y la había mirado con una fijeza que rayaba en insolencia, pero demostrándole con su mirada una admiración profunda.

Desde aquel momento se habían abierto ante su vista nuevos horizontes. Las malas pasiones que existen en el fondo de las almas más honradas fermentaban en ella.

Cierto que no amaba al duque, pero él ejercía ya sobre su vida una misteriosa influencia, como la del invisible cometa cuya proximidad se revela á los astrónomos por extrañas perturbacio-

nes en las inmensidades del cielo. Por algo perturbaba su vida, aun cuando ignorando su existencia ocho días antes.

Allí estaba Josselin, procurando conmovérsela con sus apasionadas palabras, y era al duque al que escuchaba, murmurándole á su oído aquellas palabras insignificantes en apariencia, cuyo sentido es sabido y que encanta como una sonrisa divina.

Si Josselin hubiese obtenido de ella aquel paseo dos días antes de la aparición del duque de Rochebonne en la tienda de M. Bouret, Germana hubiese acogido con alegría la confesión del entusiasta joven que la adoraba de un modo tan apasionado.

Ahora ya era demasiado tarde. Dudaba inconscientemente. Había bastado una palabra, una mirada de aquel desconocido, para cambiar el curso de sus ideas, como basta con un pedrusco en un arroyo para cambiar su corriente, cuando el pedrusco se interpone á dos pasos del manantial.

La cara de Josselin expresaba tal desesperación, que la bondad de Germana se despertó; tuvo piedad de él.

—Veamos, Andrés, razónenos. Le profeso una buena amistad, una amistad grande. No lo dude. Créame que su demanda me llega al corazón. No estoy acostumbrada á tantos cuidados y miramientos. Mi juventud ha sido triste, se lo aseguro. He tenido contrariedades grandes, me han lastimado, me han herido en todas partes. Ahora mi situación es pasable. ¿No comprende que he de tener miedo de perderla? Figúrese una mujer que ha hecho una travesía de seis meses siempre mareada, con tormentas, vaivenes del barco, acomé-

tida por la fiebre y que ahora descansa tranquilamente en tierra. Si la proponen embarcarse de nuevo, ¿tendrá nada de extraño que dude en volver á ponerse en viaje? Mi historia es sencilla. No tiene nada de alegre. No conocí á mi padre, ¿no se lo han dicho? Mi madre murió joven; mi padre, á quien jamás vi, me hizo educar en un convento. Después entré de aprendiz en la calle de Bac—había que trabajar para vivir,—hasta llegar adonde felizmente he llegado.

Bouret ha sido muy bueno conmigo. Sin su protección, ¿qué hubiese sido de mí? ¿Dónde puede ganar una mujer lo suficiente para vivir, sin ir á caer en ciertas cloacas? Ahí estoy como en un refugio que no dejaré. Mi ambición es no abandonar el almacén. Perrolet, á quien desacredita usted—aquí, entre nosotros, no sé por qué,—es un buen hombre. Bajo su brusquedad hay más dulzura que en las palabras azucaradas de muchos otros. Hagamos, pues, causa común. Sostengámonos. Como yo, usted no puede contar más que con su empleo. Querámonos como buenos amigos. No nos comprometamos. Deme un plazo, quiero reflexionar. El casamiento me asusta. ¿Es culpa mía? Es una cadena. Puede hacer todos los gestos que quiera con la cabeza y las manos, pero es una cadena y la temo. Además, no podría cuidar á mis hijos, no podría ser una buena madre y continuar con mi plaza en el almacén. ¿No ve usted en esto dificultades, pero muy grandes? No tome lo que le digo por una negativa. Andrés, soy su amiga, se lo juro, pero tenemos tiempo por delante. ¿Qué edad tiene usted?

—Veintiocho años.

—Yo veinticinco, todavía no, el 20 de Julio los cumplo. Bien ve usted que podemos esperar. ¿Verdad que sí? Nos veremos á menudo, por la noche. Hablaremos de vez en cuando. ¿Esto no le basta?

—Es un suplicio lo que me impone. Es usted fría como el hielo. ¿No comprende que tenerla cerca de mí, contemplarla y desear su asentimiento en vano, es superior á mis fuerzas?

—Yo soy del Norte—dijo ella sacudiendo la cabeza.—Pero consuélase, la vida es larga.

—¡Quién sabe! Al contrario, es corta. Tantos días como esperemos, otros tantos serán perdidos para la felicidad.

—Los alcanzaremos.

—¡Es usted cruel!—gritó Josselin.

—Pues bien—dijo Germana apoyándose resueltamente sobre la mesa, hagamos un pacto.

—Un pacto—dijo el cajero sorprendido.

—Sí, un trato, un arreglo.

—¿Cuál?

—Aquí está. Concédame dos meses.

—¿Tanto tiempo?

—Es muy poco, dos meses, una miseria.

—¡Es una eternidad!

—¡Siempre sus impaciencias y sus exageradas frases! ¡Esta gente de las montañas!

—¡Hay tan pocos días felices, Germana! No conozco más que los pasados á su lado.

—Pues bien, no le envío al Polo Norte. Seguirá en la caja, cerca de mí. No hay por qué gritar.

—Se lo suplico, déjenos disfrutar de lo que tenemos en nuestra mano. El porvenir no nos pertenece.

—Sí; estoy segura de que estaremos muy bue-

nos dentro de dos meses. Deje sus quimeras y descienda de sus alturas. Según todas las probabilidades, tenemos cada uno por delante treinta años, si Dios quiere y Él no permite que sobrevenga algún accidente imprevisto, como un hundimiento, una epidemia, un incendio ó un rayo; pero hay pararrayos sobre la casa y una infinidad de tomas de agua y bombas, sin contar los bomberos, que llegarían regularmente un poco tarde. ¿Qué son dos meses, sobre treinta años? ¿Nada, verdad? Francamente, puede usted concederme lo que le pido.

—¿Quiere usted reflexionar?

—Ciertamente.

—¿Para qué?

—Pero...

—¿Dónde está el hombre que le ofrezca un cariño tan absoluto, tan tierno como el mío?

—Lo ignoro. Si me apura, podría sostener que existe; pero le doy mi palabra de no buscarle. Si por un caso fortuito viene á mí, si me cae de las nubes en este intervalo que le propongo, ¿será culpa mía? Y si le acepto, no será una prueba de que no le haya querido bien. Pero no vendrá; esté usted tranquilo, amigo mío. Se forja muchas ilusiones acerca de la suerte de las pobres muchachas como yo. Cuando tienen la desgracia de ser guapas, lo que las ofrecen no es muy tentador. Yo ignoro si lo soy.

—Sí, usted es...

—Una perla, un ángel, una planta rara, lo ha dicho ya.

—Tengo miedo de que otro la lleve.

—Sí, ya sé, el señor Perrolet, por ejemplo. Ya conozco esa música.

—Ó ese duque de Rochebonne, ese gran señor. Es un rival peligroso para pobres empleados, como nosotros.

Germana se sintió contrariada.

—Dejemos en paz á ese duque—dijo ella vivamente—y volvamos á nuestro contrato. Dos meses. Durante este tiempo no me hablará más de ese ardiente amor que le consume, como á la paja seca. Usted se entregará también á sus meditaciones y pensará qué es lo que vale más, si seguir libre ó aceptar una medianía, en la que vegetamos mal, sometiéndonos á las eventualidades, sonrientes para los privilegiados, funestas para los empleados, que, como usted sabe, necesitan fuerza y salud para seguir sus laboriosas carreras. ¿No le parece estar oyendo á uno de los siete sabios de Grecia?

El cajero bajó la cabeza, devorando su desconcierto.

—Está convenido—dijo ella.

—Si así lo exige, sea; pero esperaba algo mejor, lo confieso.

—¿Qué quería? ¿Que las amonestaciones se publicasen mañana, y que dentro de tres ó cuatro días fuésemos á la alcaldía y á la iglesia?

—¡Su alegría me hace daño!

—¡Es que son asombrosos los hombres! ¿Qué perdemos las mujeres en un casamiento, en el que ustedes ganan una soberanía? Todo. ¿Qué nos dan ustedes? Nada. ¿Y no quieren permitirnos siquiera el pensarlo? Cuando ya están ustedes dispuestos y nos han significado su deseo, es cosa ya de llevar el equipo, la canastilla é inclinarse con una bonita reverencia, diciéndoles con aire de vasallo ante su soberano: ¡Demasiado

honrada, señor!: á vuestras órdenes. ¡Estos despotas!

—¡Cómo se ríe usted!

—Es que quería alegrarme. ¡En cambio, usted vuelve al melodrama, amigo mío!

—Me muero por su amor.

—No se lo prohibo—dijo ella, poniendo su mano sobre la del cajero; pero ¿es usted tan exigente que haya motivo para poder concebir esa pena?

Él no replicó.

Germana tiró la servilleta sobre la mesa, se puso su gran sombrero sobre su hermoso bosque de cabellos cenicientos, metió sus dedos en el agua fresca de su vaso, se puso sus guantes con un cuidado de coqueta, se arregló las faldas y se dispuso á salir.

Andrés se había quedado en su sitio con la cabeza entre las manos.

Había en el cambio de la muchacha un misterio que se le escapaba.

—¿Quién me la ha quitado?—se preguntaba.

—¿Viene usted, Andrés?—preguntó ella.

El cajero llamó á la sirvienta, que estaba charlando con los bebedores de cerveza, bajo el emparrado.

Mientras él pagaba la cuenta, Germana no se atrevía á decirse por qué unos días antes estaba dispuesta á casarse con él, y ahora no sentía por él más que compasión, y la hubiese sido imposible sostener sin repugnancia la promesa que con tanto agrado había hecho en el jardín de las Tullerías.

Dejaron el restaurant.

Se cogió con negligencia del brazo del cajero.

El sol se había ocultado bajo plateadas nubes. Atravesaron el gran prado de las carreras, casi sin decir una palabra; la situación de ambos era violenta.

Los paseantes, al verlos, se volvían diciendo:  
—¡Qué bonita mujer!

En efecto, estaba guapa con los colores de rosa que subían á sus mejillas, ordinariamente pálidas, cual si estuviesen invadidas por un principio de clorosis.

Germana sentía temblar el brazo de Josselin.

—¿Sabe usted— le dijo ella— que me da usted miedo con sus aires de Otelo y sus historias de piamonteses jugando al *tarraus*? Me parece usted un actor de tragedia en sus furios. ¡Tenga cuidado!

Estaba tan sumamente abatido, que no replicó.

No reconocía ya á su Germana de por las noches, cuando dejaban juntos la tienda, entre la turba de los empleados que salían por la puerta grande, brillantemente iluminada.

¡Cuántas veces había aceptado sus citas en sitios retirados, á lo largo de los muelles, ó hasta algún paseo en coche por el Bois, para poder hablar! ¡Cuántas veces se la habían escapado á ella también acentos emocionados! Había creído sentir latirle el corazón en el pecho y ver cómo su seno se levantaba bajo su traje oscuro, cuando en términos acalorados, casi elocuentes, la contaba las miserias de su juventud, su infancia de mendigo, corriendo con los pies descalzos por la montaña, siguiendo á su padre en los ventisqueros, adonde iba á buscar cabras monteses para vendérselas á los burgueses de Módena, viviendo

con un pedazo de pan de centeno, duro como una piedra, y bebiendo agua de la nieve derretida, durmiendo sobre la paja, en la choza paternal, en donde entraba la lluvia por el techo medio hundido; después su estancia en el seminario, donde estudiaba, siendo á la vez criado y escolar; luego sus dudas, la invencible atracción que sobre él ejercían el mundo y las mujeres, que veía en sueños y le llamaban; después su llegada á París, cargado con un bagaje inútil de griego y latín, y muy ligero de bolsillo; su entrada al servicio de Bouret, y por fin la aparición deslumbradora de Germana, de la que había hecho su esperanza, su *Madona*, á la que había dedicado todos sus actos, y que era para él el término, el objeto de su vida.

Fué inútil que tratase de recordarla todas sus conversaciones y sus proyectos.

Hubiesen tomado un cuartito pequeño en el barrio. Tenía ya algunas economías. Todas las emplearía en prepararla un nido caliente, digno de ella, todo *capitonné*. Acaso fuese esto una locura, pero ¿había algo que fuese demasiado bueno para ella?

El porvenir lo tenían asegurado.

Bouret quería á sus empleados. No los despedía sin una razón verdaderamente seria. Seguramente no era él el que merecería reproches; ella todavía menos. Ella llegaría á ser primera un día ú otro; entonces sería una lluvia de oro, pues estando al servicio del señor Bouret, cuando se trabaja no se pierde el tiempo.

Con los años él también ascendería y trabajaría con encarnizamiento. ¿No le recompensaría Germana con una mirada ó con una sonrisa?



Todavía serían jóvenes cuando pudiesen retirarse á un rincón de su país, y lo bastante ricos para no envidiar á nadie. Conocía él sitios admirables donde vivirían como señores con sus rentas; pueblos pintorescos, sitios deliciosos que tienen por fondo verdes bosques hacia Sallanches ó Domancy, al pie de las montañas, con lagos azules, torrentes llenos de truchas y tierras fértiles que parecen jardines, en donde construirían su nido.

Pero Germana no escuchaba; aparecía indiferente y distraída.

Con la punta de su sombrilla iba dando en la arena de las avenidas.

Á cada paso le interrumpía para obligarle á fijarse en algún detalle del paisaje, ó en una escultura, ó en la silueta de alguna estatua.

Habían bajado pasando por las cuadras casi reales de Chantilly, y á orilla de los vastos estanques, en donde las carpas en bandadas venían á flor del agua; estanques que forman alrededor del castillo un cerco de fosos, verdadera fortificación, adorno y defensa de la vieja y soberbia residencia de los Condé.

Desde el prado se atraviesa un puente tendido sobre el canal y se llega al castillo.

Á la derecha está el pabellón de Enghien, destinado á los convidados del príncipe; á la izquierda el admirable castillo, recientemente restaurado por el duque de Aumale, con sus jardines, sus rampas, sus escaleras y sus juegos de agua que le rodean y que son de un efecto tan grandioso.

Enfrente se abre una avenida ancha, en cuya entrada hay dos leones colosales, que parecen guardarla.

Josselin y Germana subieron muy despacio la rampa de frente al pabellón de Enghien, y la muchacha entusiasmada gritó:

—¿Verdad que esto es deslumbrador? ¡Verdaderamente eran unos grandes señores aquellas gentes! Mire usted, ¿en qué piensa?

—Pienso en usted—la contestó.

—Ya he oído eso—dijo ella,—pero no sé en dónde. ¡Ah!, sí, en una canción antigua que cantaban en el convento. Sobre ese aire había variaciones de Rosellen para piano, pero eran demasiado difíciles. Yo nunca pude cantarlas... Vamos á ver el campo.

¿Era tan sólo el campo lo que le comunicaba tanta animación?

Más de una vez el cajero se había hecho esta pregunta.

—Vamos á ver los bosques—ordenó de nuevo.

En este momento, en una ventana del pabellón de Enghien, por delante de la cual pasaban, apareció una figura.

Era la del duque de Rochebonne.

Josselin hubiera querido encontrarse á cien leguas de allí. ¡Todavía el molesto personaje, al cual instintivamente le atribuía una funesta influencia y como un don de *jettatura*!

Germana, á quien toda la sangre se le agolpara al corazón, se sintió arrastrada por el cajero hacia la avenida.

Cuando llegaron á los Leones, ya estaba completamente repuesta de la emoción.

Manifestaba una alegría febril al ver las maravillas que descubría; parecía que trataba de aturdirse.

Josselin, con el corazón oprimido, descontento

to del día, irritado á pesar de la jovialidad y la gracia de su compañera, veía su esperanza alejarse cuando había creído estar tan cerca del puerto.

Marchaba lentamente, no atreviéndose á despegar los labios, y entregado por completo á sus reflexiones tristes.

Á su mente acudían pensamientos de odio contra todos los que rodeaban á Germana. Odiaba mortalmente al duque de Rochebonne.

Acusaba al señor Perrolet de oponerse á sus deseos. Le había visto hablando largamente en la tienda con Germana. Debía haber hablado de los rumores que corrían acerca de su proyecto. Adornarían á Perrolet toda clase de buenas cualidades, pero no por eso dejaba de ser hombre. Á los ojos de Josselin, todo hombre que viviese cerca de Germana no podía substraerse á su influencia y no podía dejar de amarla. Perrolet había hecho desistir de su matrimonio á la segunda de las modas, porque le contrariaba. Con su oratoria, tan temida por todos los empleados, le había abrumado, detallándole los inconvenientes del matrimonio, haciéndole objeciones que ella á su vez repetiría en el restaurant, y que antes nunca le habían pasado por la imaginación.

Empezaba á roerle una rabia sorda. Se parecía á un perro dogo al que le arrancan la presa con que contaba y que tenía ya entre las mandíbulas. El cazador furtivo de Servoz se despertaba con el solo pensamiento de que esta muchacha tan linda, tan dulce, tan envidiada de todos se le escapaba, y que él sería el objeto de irrisión, después de haber sido envidiado por todos sus camaradas.

Envolvía á Germana en su cólera; la tachaba de caprichosa y de cruel.

Cuando, sentado al lado de ella en el vagón que los conducía á París, se le presentaba la ocasión de persuadirla, dulcificando su actitud, hizo todo lo contrario, guardando un silencio feroz. No volvió á decirle ni una palabra, á pesar de las frases cariñosas de la adorable muchacha, que quería hacerse perdonar su excitación, su negativa, que acaso obedecía á su instinto, á la lucha entre sus sentimientos humanos, de los que era juguete y de los que debía de ser la víctima.

Cuando llegaron, á eso de las diez de la noche, á la puerta de su casa, un antiguo hotel de la calle de Sourdiere, en el momento de separarse, fué ella la que con voz cariñosa dijo:

— Buenas noches, Andrés.

Él contestó secamente:

— Buenas noches, señorita.

## VIII

### DIPLOMACIA DE UN NEGRO

SI, al bajarse del tren en la estación del Norte, los dos paseantes hubiesen estado menos preocupados, podrían haberse fijado en un criado del color de una estatua de bronce, vestido con librea oscura, el cual, después de haberlos esperado en Chantilly, había tomado un billete para París, subiéndose en el vagón vecino, colocándo-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALEJANDRO DE VES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO